

PENSAR DE NUEVO



Pensar de nuevo

© Tomás Abraham, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Marina Fucito

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Ilustración de tapa: Josefina Jolly

Armado de interior: Isabel Barutti

Fotografía del autor: Rafael González Abraham, nieto del autor (13 años)

1ª edición: marzo 2026

ISBN 978-950-02-1738-5

Impreso en Latingráfica,

Rocamora 4161, CABA,

en marzo de 2026.

Tirada: 3000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Abraham, Tomás

Pensar de nuevo / Tomás Abraham. - 1a ed. - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires ; El Ateneo, 2026.

216 p. ; 23 x 16 cm.

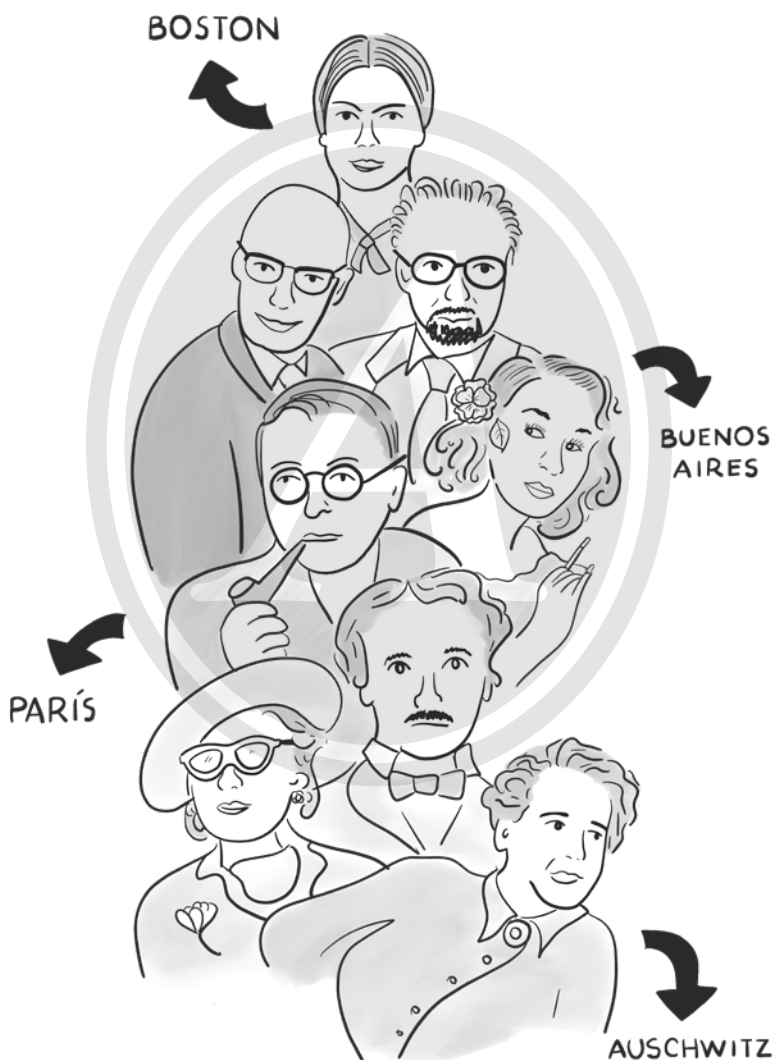
ISBN 978-950-02-1738-5

1. Ensayo. 2. Filosofía. I. Título.

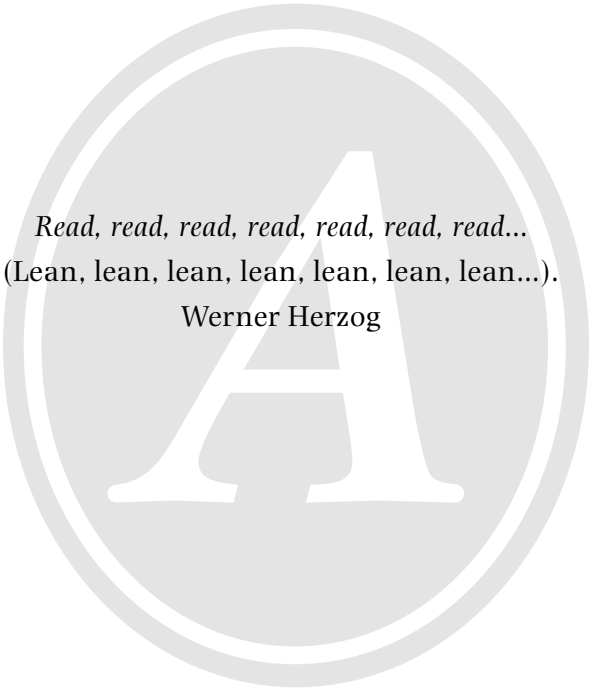
CDD 100

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).

TOMÁS ABRAHAM PENSAR DE NUEVO



A Editorial El Ateneo



Read, read, read, read, read, read, read...
(Lean, lean, lean, lean, lean, lean, lean...).

Werner Herzog

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
DEMOCRACIA Y ESPIRITUALIDAD	15
• Tom Abraham de Concord	16
• Dólares	18
• La historia en un mural	20
• El trascendentalismo	23
• Emerson educador	25
• Whitman y la multitud	28
• Thoreau y el silencio	31
• Leamos a Harold Bloom	34
• Sarmiento, Elizabeth Peabody y la educación popular	37
• Volvamos a la escuela	41
• La esclavitud	44
• El juicio al Prócer	50
• Pragmatismo	54
• Los <i>misfits</i> o inadaptados	58

LA LOCURA FILOSÓFICA 63

- La máquina de soplos pensantes..... 64
- Jean-Paul Sartre. Saberlo todo..... 74
- Louis Althusser. El delirio riguroso 82
- Michel Foucault. No creer en nada 92
- Gilles Deleuze. El último aliento..... 104
- Yo. Pelear es divino 110

LA VIDA EN AUSCHWITZ 113

- Si esto es un hombre..... 114
- Ya no hay guerras, hay masacres 120
- La felicidad 125
- El dolor de sobrevivir 128
- La zona gris 131
- La mirada de un adolescente.
 La reflexión de un adulto..... 135
- Escritores de un solo libro 136
- El aroma de la vida..... 139
- El Holocausto como anécdota *kitsch* 142
- El libro fosa..... 145
- La mirada de un guerrero.
 La reflexión de un suicida 148

LA BELLA INFAMIA 153

• El racismo liberal.....	154
• El nuevo PBI: Producción de Belleza Inhabitual	157
• La gran aventura.....	160
• De la naranja Bilz a la Fanta pasando por la Crush	162
• El hijo de cerealeros	165
• El Filozoom	172
• El Ser Nacional	177
• Esto no da para más.....	180
• El asunto de lo inclusivo.....	183
• ¡Mamá!	185
• Los cipayos	187
• El canapé de los aristócratas.....	191
• El pesimista jovial	193
• La segunda década infame	196
• La felicidad de la humanidad.....	202
• Un cubista en apuros.....	205
• Los argentinistas	209

AGRADECIMIENTOS 215

PRÓLOGO

En mi último libro, *Diario de un abuelo salvaje* (El Ateneo, 2023), subtítulo *Un profesor en tiempos de pandemia*, decía que me había cansado de estudiar. Toda una vida estudiando con fervor, alegría, pasión, obsesión, solo y acompañado, en cursos, seminarios y escritos, sentí la nada de estudiar. Me quedé sin nafta y me dediqué a escribir sin estudiar.

Mis últimos libros parecían una despedida. Me fui dando cuenta de ese adiós en la medida en que escribía y publicaba. Primero fue mi adiós a la filosofía francesa con un saludo especial a Jean-Paul Sartre. Luego, mi libro sobre Foucault, uno más que supuse que sería el último. Y durante los primeros meses de la pandemia escribí ese libro inesperado sobre mi país de nacimiento, el libro sobre el genocidio de los judíos nacidos en Rumania, que fue a la vez un adiós a mis padres que habían fallecido poco tiempo atrás. Quise averiguar cómo había sido su juventud.

De despedidas estaba amortizado. Y cansado. Ya no me quedaba nadie a quien saludar, pero me volvió a picar el bicho, sentí el ardor mental, mis nervios querían pasta, celulosa, tinta, conceptos,

problemas; necesitaba volver al ruedo. Extrañaba las ideas de otros, de los grandes, y de los chicos también, de todos los tamaños. Me desesperaba por subrayar, quería resumir, ordenar lecturas, viajar por los libros, meter la cabeza en un pozo negro y abrir bien los ojos. Me di cuenta de estas sensaciones cuando, en la sala de terapia intensiva, después de una operación a corazón abierto, vendado de tobillos para arriba, agarré un libro, un lápiz, y marqué un párrafo de un libro de filosofía. Me hace recordar al pintor Guillermo Roux cuando, convaleciente en el hospital, pidió un lápiz y un bloc y dibujó la trenza de la enfermera.

Había un par de cosillas que me llamaban como las sirenas a Odiseo, un cantito suave y lejano, una invitación al crucero del saber. ¿Se puede inventar una filosofía? ¿Desde la nada? ¿Cómo nace un pensamiento? ¿Cómo enloquece pensar el Todo? No es creer o reventar, es pensar y reventar. “Di tu palabra y rómpete”, creo que de a poco voy entendiendo al loco de Turín.

Durante el primer año de la pandemia, el más riguroso por la estricta cuarentena, organicé un Zoom de amigos para estudiar la década infame como se hace en un seminario. Exponemos, nos exponemos y escuchamos. Elegí un tema que siempre me atrajo por sospechar que, detrás de ese calificativo, se escuchaba un silencio bien custodiado. Trabajamos en serio.

Seguí estudiando, tomando notas y escribiendo. Cuatro años más tarde, sentí la necesidad de contar mis ideas sobre mi trabajo como lector y artesano investigador. Ver gente, cuerpos, miradas, lo vivo y presente. Es decir, volver a dar clases. Lo hice en la Universidad Tres de Febrero, gracias a una generosa invitación. Dos cuatrimestres, el primero dedicado a los circuitos de pensamiento situados en la ciudad de Boston en tiempos de Emerson, el arte de la prosa en el París de Flaubert, la década infame y el pensamiento de Primo Levi, Imre Kertész y Jean Améry, tres sobrevivientes de

Auschwitz. El segundo cuatrimestre lo dediqué al tema de la locura filosófica con nuevos interrogantes sobre mis maestros. Son los temas de este libro.

Dar un curso es pensar en voz alta. Mis alumnos recibieron tanto mi desconcierto como mi interés frente a temas que me parecían enigmas. No transmito un saber, sino que intento darle forma a una inquietud mediante la palabra oral y escrita. En este libro, intento transmitir del modo más preciso posible estas inquietudes, estos descubrimientos.

Estudiar es viajar. Descubrir mundos, gente nueva, personajes inolvidables, tener nuevas ideas y poder contarlas. La imaginación atraviesa la ficción y la teoría; es la nave de la lengua. No necesita inventar porque ya es un invento de por sí. Nietzsche decía que el conocimiento es un invento, puede ser como una de las ramas de lo imaginable.

Mis editores me preguntan: “¿Cuál es el sentido de este libro? ¿Cuál es el hilo que vincula a los cinco capítulos en una unidad no evidente?”. Y yo me pregunto: ¿por qué suponen que el autor conoce la respuesta que pueda sellar la ansiada continuidad de una historia sin tiempo y de una preocupación dispersa?

Estas preguntas no son otras que las que me hago y me seguiré haciendo. No tengo respuestas, sino una vaga idea de un modo de proceder ante una inquietud, porque en filosofía se trata de inquietudes y de la necesidad de darles una forma. Y estos años, desde la pandemia, tuve cuatro inquietudes que se dispusieron en un mural. Me inspiran los muralistas que cuentan una historia a la vez y a la vista. Pasado y futuro convertidos en sincronía.

Hacía tiempo retenía mi atención ese modo de hacer filosofía que se llama pragmatismo. Escribí un libro sobre Richard Rorty, un filósofo brillante que se definía a sí mismo como un liberal burgués posmoderno. No solo publicó un libro sobre la ironía, sino

que también sabía cómo ejercerla. La filosofía no se define por la nacionalidad de los filósofos, ni la pintura por el origen territorial de los pintores, ni ninguna de las artes ni de los oficios, no lo hacen porque lo que entregan al mundo es su singularidad, que rompe con las identidades heredadas para crear sus propios mundos. Esta faceta no elimina el hecho de que hay tradiciones.

En el caso de los Estados Unidos, esa tradición no se percibe, porque el pensamiento que nace está ligado al fenómeno inaugural de la democracia. Así como los helenistas afirman que en Atenas se inventó la política, ese modo de dirimir con la palabra las cuestiones comunitarias en las asambleas de pares, en la Unión confederada de América del Norte se inventa la democracia, un sistema político que se busca a sí mismo y que se pretende universal, pero que también se presenta como una forma de vida.

Newness decía Ralph Waldo Emerson para diagnosticar los tiempos en los que le tocó vivir. No se traduce por “novedad”, no es un producto, es “lo nuevo”, lo que va aconteciendo, el devenir, la emergencia de lo inesperado.

En la historia argentina hemos ungido a la Memoria con una gran M, la misma que tiene la palabra *Monumento*; no es un azar que una de las características de nuestra política se manifieste en las batallas por el sitio y el nombre de los monumentos, ya sean centros culturales o estatuas. Frente a esta petrificación del tiempo me rebelo buscando lo nuevo, aquello que todavía no es.

Y eso es lo que experimentaron quienes vivían en Concord, cerca de Boston, los individuos que debieron inventar un pensamiento para comprender un mundo imposible de descifrar con lo ya sabido. Emerson y Margaret Fuller, Walt Whitman y Henry Thoreau, las hermanas Peabody y Herman Melville, Abraham Lincoln y Louisa May Alcott, Emily Dickinson y Edgar Allan Poe, ellos y muchos más fueron testigos y protagonistas de un nacimiento.

Evoco a Hannah Arendt que, con la idea de natalidad, en *La condición humana* afirmaba la potencia de generar algo nuevo para contrarrestar el “ser para la muerte” de su mentor Martín Heidegger. Y esto nuevo también concierne a los filósofos, a su actitud más que a su obra, a esa decisión de explicar el mundo por escrito, de alcanzar con los conceptos y los sistemas al Ser, el Motor Inmóvil, la Sustancia, la Totalidad, el Absoluto, la Vida, el Poder, la Razón, la Ciencia, la Voluntad, la Verdad, la Justicia, el Bien. ¿Qué sería de la filosofía sin las mayúsculas? ¿Qué sería de la locura filosófica sin esa pretensión? ¿Qué sería de nuestras elucubraciones sin esa síncope irrefrenable que nos empuja hasta los bordes del pensamiento?

Me he formado desde mis épocas de estudiante con cuatro filósofos: Sartre, Althusser, Foucault y Deleuze. Los he leído y releído, sus libros me acompañaron y me siguen acompañando, pero nunca me había puesto a pensar en cómo murieron. Y al hacerlo, fui para atrás, volví a pensar en su obra, deteniéndome en el modo en que terminaron sus vidas. Nacieron nuevas preguntas. ¿Puede el pensamiento bordear la locura por la misma tensión que lo impulsa?

Vuelvo a la Argentina, a una época que siempre me resultó misteriosa por haber monopolizado el epíteto de “infamia”. Los años treinta del siglo pasado fueron condenados por los mil y un pecados asignables, uno de los cuales, más terrible y demoníaco que el fraude y la entrega, ni hablar del Tratado Roca-Runciman, ha sido, es y será la belleza. Porque Sandrini, Niní Marshall, Tita Merello, Grete Stern, Mercedes Simone, Roberto Arlt, Victoria Ocampo, Borges, Alberto Prebisch, Alejandro Bustillo, Emilio Pettoruti, Eduardo Mallea, Alberto Gerchunoff, Guillermo Facio Hebequer, Horacio Coppola, Alfonsina Storni, Xul Solar, Antonio Berni, Juan L. Ortiz, Manuel Romero, Mario Soffici, Leopoldo Torres

Ríos, Ezequiel Martínez Estrada, Scalabrini... son lo que dejó aquella única y singular infamia.

Ellos fueron lo nuevo; todo el resto era viejo, no más que intentos de recuperar supuestas épocas de oro o de rescatar immaculados valores de origen.

Termino este intento de pensar de nuevo con tres sobrevivientes de Auschwitz que volvieron al mundo después de ver lo que nadie vio y nadie quiso ver, y se encontraron con un mundo nuevo al que le quisieron contar sus historias para que no se repitieran.

Conclusión: la sociedad no es un organismo. Fallaron los filósofos y los sociólogos positivistas. Tampoco está determinada por contradicciones y bloques en conflicto. La sociedad es un caos creativo. Tiene capas que se mueven en direcciones diferentes; a veces se rozan, otras colisionan y con frecuencia no tienen contacto.

Todo lo que vale es arte, lo que perdura es arte, es lo que nos inspira y nutre. Todos aquellos que repiten que todo es política, que cada gesto que hagamos y cada palabra que decimos tienen una connotación política, se quedaron con las sobras. Y cuando digo “arte”, no me refiero a una presunción de alta sociedad, a servicios de *vernissages*, vocabularios de sobremesa y aires comedidos, sino al trabajo, al trabajo inútil para generar belleza. Y eso aconteció en cada una de las etapas de este viaje, en la década infame, en los años de Concord, en París, en Auschwitz y en Buenos Aires.

DEMOCRACIA Y ESPIRITUALIDAD



(BOSTON, 1830-1870)

¿A qué llamamos “espiritualidad”? Se trata de una conversión, del cambio de vida por una decisión que nos compromete de un modo integral. Que la democracia se haya concebido como un desafío existencial fue la idea de la filosofía de los trascendentalistas.

TOM ABRAHAM DE CONCORD

El pensamiento estadounidense, tal como lo presentamos, se distribuye entre tres objetos teóricos: la naturaleza, la mente y lo social. Los primeros pensadores tenían un pie en la tierra y otro en el cosmos. Eran puritanos porque pregonaban un higienismo cívico, de familias integradas, trabajo manual, contención sexual, rituales de buena vecindad, respeto a la autoridad de los mayores, solidaridad y ascetismo.

Louisa May Alcott, la autora de *Mujercitas*, sintetiza en su correspondencia los valores que hay que practicar en la vida cotidiana en la granja ejemplar fundada por su padre:

Pregunta: ¿Cuáles son las virtudes que más valoras?

Respondo: Paciencia, amor, silencio, obediencia, generosidad, abnegación (*self-denial*).

—¿Los peores vicios?

—Ociosidad, terquedad, vanidad, impaciencia. Impudicia, orgullo.

—¿Cómo consigues lo que necesitas?

—Intentándolo.

—¿Cómo lo intentas?

—Con resolución y perseverancia.

—¿Cómo consigues que te amen?

—Con amabilidad.

—¿Qué es la amabilidad?

—Cariño, paciencia y cuidar los sentimientos de otros.

Me imagino ahora en esa granja fundada por Bronson Alcott cumpliendo las tareas que me asignaron en ese proyecto educativo integral. Me convierto en un artesano zapatero, rodeado de familias ensambladas que sueñan con un mundo nuevo alejado de los vicios de una sociedad pecaminosa.

Ahora soy Tom Abraham, de Concord, Massachusetts, a cuatro horas de Boston, si es que se viaja en un vagón con asientos de tracción a sangre. Decido viajar hasta esa ciudad, investido de la moral que me rodea, con unas muestras de mis productos.

Llegado a la ciudad, visito un local. Detrás de un mostrador, un hombre de mediana edad, con un traje gris y una camisa impecable con cuello duro, anteojos sin montura y una barba oscura que apenas cubre el corbatín azul, me saluda con sus buenos días.

Me presento como Tom Abraham, de Concord, un fabricante de zapatos en la granja de los Alcott que se tomó el atrevimiento de llegar a su comercio para presentarle una muestra de lo que fabrica. Con un par de minutos de su precioso tiempo quizá llegue a interesarle el producto. El hombre me mira, desmonta por un momento sus lentes y con una voz calma y grave me dice: “Buen hombre, a ver qué me trae”.

Vigorizado por la respuesta, pongo sobre el mostrador un par de zapatos marrones acordonados, con una suela gruesa de buena madera oscura y un cuero repujado dividido en la mitad por una cubierta de tafeta verde oscura que reviste el empeine hasta la puntera del calzado. Describo sus bondades y propongo una forma de pago extendida y generosa.

Ofrezco dejarle un par para que los pruebe. Si efectúa una primera compra, le cobraremos el par entregado y se lo sumaremos a la factura. La calidad de la mercadería es suficiente para conformar al comprador; seducir con un obsequio sería inadecuado. Ahora bien, en caso de que el señor no esté interesado en comprar, el par

dejado para prueba será un obsequio, ya que se trata de un gesto que debe ser desinteresado y consecuente con una política comercial a cargo exclusivo del fabricante agradecido por la amabilidad con la que fue atendido.

Así fue como Tom Abraham, del pueblo de Concord, realizó su primera venta en la ciudad de Boston.

DÓLARES

Una nacionalidad se constituye con la conquista de un territorio, el uso de una lengua dominante y la existencia de una historia común, es decir, una identidad cultural.

Por la historia, es decir, por el relato que traza una continuidad entre lo que fuimos y lo que somos, que aun con sus rupturas y discontinuidades marca un acto fundacional y encumbra a padres fundadores o héroes de la nacionalidad, una vez que ha creado la memoria de varias generaciones, tiene la solidez y el peso de los monumentos que la recuerdan y son difíciles de remover.

El revisionismo histórico es el intento de modificar el panteón de los consagrados y de rescatar de las penumbras a quienes ocupan el lugar de malditos a la vez que les da voz y rostro a los ignorados. El relato de la historia es un asunto polémico en cada uno de los países modernos que trazan su genealogía y hacen del consenso identitario una política de Estado.

No solo esta identidad cultural es un tema abierto, sino que también se pone en tela de juicio otra de las instancias determinantes en la constitución de las naciones modernas: me refiero a los territorios. La constitución de los Estados Unidos (donde la palabra “unidos” es fundamental) se llevó a cabo después de una cruenta guerra y de una política de anexión y conquista mediante los dos recursos que conforman desde siempre lo que llamamos poder: las armas y el dinero.

Estos dos elementos son letales cada uno a su modo. La obtención de uno de ellos permite conseguir el otro. Pero, además, en la historia de la “Unión” hay una Constitución que fue tironeada por fuerzas cuyo antagonismo no dejó de ser permanente. Unos decían que todos los hombres nacen iguales y que la esclavitud era una ignominia. Los otros decían que las decisiones sobre políticas públicas las toman los pueblos y que, si los ciudadanos de los estados esclavistas quieren mantener el sistema imperante, no pueden ser obligados a cambiar su voluntad soberana.

Esta tensión, célebre entre el Norte y el Sur, se daba en cada uno de los estados que se incorporaban a la Unión. El desacuerdo se reproducía entre los máximos dirigentes de la Revolución estadounidense. Jefferson era más comprensivo con las colonias y los estados independientes que no querían que se impusiera el abolicionismo contra la voluntad de sus electores; Alexander Hamilton, por el contrario, era un convencido centralista.

Respecto del territorio, se dio un fenómeno único. Los estadounidenses compraron su país. Por supuesto que, además de poner dólares, conquistaron territorios con armas y ejércitos. Desplazaron y diezmaron a poblaciones nativas, sí, pero además, y esto es lo curioso, compraron inmensos territorios a los imperios europeos dominantes.

A los franceses en 1803 les compraron Luisiana, Arkansas, Misuri, Oklahoma, Colorado, Kansas, Nebraska, Iowa, Wyoming, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Montana y Minnesota por veintitrés millones de dólares (2 144 476 km²). Napoleón quería concentrar sus fuerzas en la conquista de Europa y consideró que el territorio americano, luego de la sublevación de los esclavos de Haití, podía ser indómito y suponerle un gasto superfluo. Prefirió venderle sus posesiones a la nueva nación antes de que sus enemigos ingleses y sus aliados españoles se tentaran con ese botín.

De México expoliaron en 1847 California, Arizona, Utah (comprado a España en 1819) y Nevada. El precio fue de quince millones de dólares. Entre las dos operaciones sumaron la superficie total de la Argentina más otro tercio. Florida costó cinco millones de dólares que embolsaron los españoles en 1821. Texas, primero, se hizo república por la acción de los colonos estadounidenses y luego se incorporó a la Unión. Además, compraron Alaska en 1867 y Hawái en 1898.

Indudablemente, el capitalismo de la Nueva Inglaterra, la del nordeste del país, tenía un empuje que les permitió conquistar un territorio inmenso. En esa misma zona, cerca de Boston, el grupo de intelectuales del que nos interesa hablar repudió la política anexionista y, mediante escritos y conferencias, denunció el sistema esclavista.

Eran abolicionistas y sufragistas, lo fueron Emerson y Thoreau, Margaret Fuller, Harriet Beecher Stowe y Louisa May Alcott. Emerson condena la política del gobierno de los Estados Unidos respecto de los pueblos originarios. Denuncia la expulsión de los *cherokees*, los engaños, las estafas, los pactos violados, la opresión y las matanzas perpetradas por los blancos. De parte de los partidarios de la igualdad hay un respeto por la cultura aborigen, como hay una denuncia de la guerra perpetrada por el ejército de ocupación en tierras mexicanas.

LA HISTORIA EN UN MURAL

Existe la discontinuidad en la historia, y los procesos históricos no pertenecen necesariamente a una unidad autosustentable ni a una totalidad con sentido; hay saltos al vacío y un devenir sin punto de origen. Los acontecimientos históricos no se comprenden si no calibramos un aspecto fundamental del presente, que es el caos, es

decir, el hecho de que los acontecimientos son supernumerarios, excesivos respecto de su intento de inteligibilidad, y que el testimonio de sus contemporáneos adolece de una ignorancia estructural.

No nos basamos en las ideas de los pioneros –Benjamin Franklin, Thomas Jefferson, John Adams y Thomas Paine–, sino en un proceso histórico inacabado que se nos presenta como un mural. Una imagen que ilustra mejor un estilo de investigación. Más que hablar de métodos y metodología de investigación, concebimos esta tarea como un arte interpretativo definido en términos de estilo. Es decir, un modo, una singularidad, una forma que no se resuelven en términos de verdad y falsedad, sino en términos narrativos como intriga, impresión, sentido y conexión.

En cuanto al contenido, el concepto más importante es el de dilema, en el sentido del costo de toda acción trascendente que incide en la conducta propia y ajena. Toda acción racional busca un resultado y paga un precio. Por dilema entendemos que los actores históricos deben “decidir” en lugar de resolver: los dilemas no equivalen a problemas ni las decisiones a soluciones.

En sus inicios, la democracia estadounidense tiene un aspecto político y otro social, pero también un costado lírico, de un lirismo filosófico. Lírico es poético, hay un aroma de espiritualidad –la espiritualidad puede experimentarse en términos de aroma, ya sea en uno brusco y dominante, como la intensidad que transmite la vida y la obra de Margaret Fuller, o en uno sutil y etéreo como el que transmiten Ralph Waldo Emerson, Walt Whitman y Henry Thoreau–. Y esta espiritualidad acompaña a este nuevo mundo y a esta nueva cultura que nace en el pueblo de Concord.

En realidad, la tradición inaugurada duró poco, se esfumó con la desaparición de su creador. Su nombre es “trascendentalismo”, un término que ni sus propios adherentes han podido explicar. Remite a Kant, con quien poco y nada tienen que ver.